

☆ SI DE LA NADA VAMOS A

VIVIENTE DE LA NATURALEZA

DISCO

REVISTA LITERARIA



BUENOS AIRES

Nº 8

LA NADA, SEAMOS SIMPLEMENTE LO

QUE SOMOS: UN TROZO

DISCO

REVISTA LITERARIA

Dirige: J. R. WILCOCK

BUENOS AIRES

ENERO DE 1946

DISCO

REVISTA LITERARIA

REDACCIÓN: MONTES DE OCA 715

TEL. 26 - 2091

BUENOS AIRES

SUSCRIPCIÓN ANUAL \$ 10 M/Arg.

Talleres Gráficos INDEX — Solís 1405 — Buenos Aires

CARTA A DIOTIMA

Homburg, 1799.

¡Aquí está nuestro *Hyperion*, amada! Este fruto de nuestros días felices te dará, a pesar de todo, un poco de alegría. Perdóname que haga morir a Diotima. Recordarás que sobre eso no estábamos plenamente de acuerdo; pero he pensado que el plan general imponía esta solución. Bienamada, te agradezco todo lo que allí se dice de ella y de nosotros, de la vida, de nuestra vida; y más sinceramente aún si considero que a veces soy tan torpe. Si yo hubiera podido, tranquilo, libre, y a tus pies, llegar a ser un artista; entonces sí, creo que rápidamente habría logrado ese verso que imagino en sueños, con gran sufrimiento de mi alma; y que a menudo me invade en pleno día con su muda desesperación. Vernos privados de la dicha que podríamos proporcionarnos, justifica todas las lágrimas que hemos llorado durante años; pero saber que además podríamos perecer, con lo mejor de nosotros, sólo porque estamos separados, ya es intolerable. Te diré que esto me

torna tan silencioso a veces, porque quisiera huir de tales pensamientos. Desearía ser insensible, y olvidar todo; pero tu enfermedad, tu carta me han demostrado nuevamente que todavía sufres. Yo, mientras tanto, sólo sé llorar, como una criatura. Dime qué es preferible: ¿callar lo que está en nuestro corazón, o confesarlo? Siempre he parecido cobarde, por consideración hacia ti; siempre simulé que podía soportar todo, como si fuera realmente mi destino depender de los hombres y de las circunstancias; como si no latiera en mi un corazón firme, libre y fiel, con su derecho al más precioso don, ¡oh mi vida adorada! A menudo me privé, renuncié al amor más necesario, y aun a tu recuerdo, solamente para vivir este destino, para ti, lo más suavemente posible. Y tú, tú tan apacible, te debatías para lograr la paz; oponías una fuerza heroica al sufrimiento, callando lo que no se podía modificar; escondías, sepultabas en ti la eterna elección de tu corazón. Por eso, todo se torna a veces en tinieblas ante mis ojos, y no sabemos más lo que somos o lo que poseemos, no nos reconocemos casi. Esa lucha sempiterna, esas contradicciones del íntimo espíritu te consumirán lentamente, si ningún Dios acude a atenuarlas; sólo me resta entonces perecer, ante tu destino y el mío; o consagrarme exclusivamente a ti; y buscar contigo la solución que ponga un límite a nuestro combate.

Ya he pensado que, si pudiéramos vivir de renun-

ciamientos, quizás lográramos encontrar fuerzas en ese adiós a la esperanza...

(La carta se interrumpe en la mitad de la página).

FRIEDRICH HOELDERLIN

PROLOGO

TRES EUMENIDES

Alecto. — *Ved en las tempestades de los mares,
que arrastran los corales y los peces
en sus ondas temibles imperiales,
elevarse columnas de agua altiva
destruyendo los barcos y los hombres
debajo de los cielos insaciables;
así asedia el rencor al iracundo
y pierde sus virtudes el valiente
hermano que medita su venganza.*

Megera. — *Ved la llama crecer en la furiosa
velocidad del viento sustentada;
así crece el amor o la discordia.*

Tisífone. — *Como se enreda el hilo en las madejas,
y entremezclan sus hojas las ortigas
mientras canta la alondra dulcemente,
la felonía teje sus intrigas
y hunde en el corazón su espada ardiente.*

- Megera. — *Como el agua se enturbia en los pantanos
entre reptiles y podridas hierbas,
así se enturbia el alma adolescente.*
- Tisífone. — *Como se elevan los follajes de humo
profundos de un incendio,
que ocultan en sus tules rojas llamas,
edifican sus templos las mentiras.*
- Megera. — *Como una selva de oro en el otoño
donde se esconde la serpiente verde
cubre la faz hermosa de los días
esta ominosa historia.*
- Alecto. — *Hombres amables del futuro, en vano,
en vano hemos sufrido.
Pronto veréis aparecer la sombra
de una familia abyecta y noble en Roma.
Pronto verá el asombro en vuestros ojos.*
- Tisífone. — *Ah, ¿siempre existirán hombres como
[estos,
ambiciosos y vanos y alevosos?
Contestadme, señores del futuro,
En este teatro, contestadme luego,
cuando hayáis escuchado en estos diá-
[logos
la voz de la tragedia ineludible
como un incendio de oro sobre el mármol.*
- Megera. — *El altar de la noche está encendido.*
- Alecto. — *Entremos al palacio.*

LA PESTE BARAJA LAS CARTAS

A principios de setiembre, el viento se levantó y sopló durante varios días en la ciudad apestada. Los habitantes de Orán temen muy especialmente al viento, porque éste no encuentra obstáculos naturales en la meseta donde ella está construída, y penetra entonces por sus calles, con toda violencia. Después de esos largos meses, en los que ninguna gota de agua había refrescado la ciudad, ésta se había cubierto de un enduío gris, que se escamaba bajo el soplo del viento. Se levantaban olas de polvo y de papeles que golpeaban las piernas de los transeúntes, cada vez más escasos. Se los veía por las calles, apurados, curvados hacia adelante, con un pañuelo o la mano frente a la boca. Al atardecer, en lugar de esas reuniones que trataban en lo posible de prolongar un día que quizás fuera el último, se veían grupitos de personas apuradas por volver a sus casas, o al café; de tal modo que al oscurecer —lo que en esa época ocurría muy temprano— las calles estaban desiertas y sólo el viento emitía sus continuos lamentos. Del mar agitado y siempre invisible

subía un olor de algas y de sal. Entonces, esa ciudad desierta, blanqueada por el polvo, saturada de olores marinos y resonando con los gritos del viento, derivaba bajo la tempestad como una isla desdichada.

Hasta ahora la peste había proliferado sobre todo en los arrabales, y había causado escasas víctimas en el centro de la ciudad; pero de pronto pareció aproximarse e instalarse también en las zonas centrales. Los habitantes creían que el viento transportaba los gérmenes infecciosos.

“El viento baraja las cartas” decía el director del hotel. De todos modos, los barrios del centro ya sabían que su turno había llegado, al oír vibrar en la noche, muy cerca de ellos, el timbre de las ambulancias, jamás escuchado hasta ese momento, que hacía resonar bajo sus ventanas el llamado triste y desapasionado de la peste. Surgió entonces la idea de aislar algunas zonas, en el interior mismo de la ciudad. Los que vivían allí no pudieron evitar el pensamiento de que esa medida era una venganza especialmente dirigida contra ellos. En todo caso, consideraban por contraste a los habitantes de los otros barrios como a hombres libres. Y éstos, en revancha, en sus momentos más difíciles, se consolaban al pensar que otros eran menos libres que ellos. “Siempre hay alguien más prisionero que yo”.

Aproximadamente en esa época hubo un recrudecimiento de los incendios, sobre todo en los barrios de

las villas, en las puertas de la ciudad. Se averiguó que eran personas que al retornar de la cuarentena, enloquecidas por el duelo y la desgracia, prendían fuego a sus casas con la ilusión de hacer morir así a la peste. Costó mucho combatir esas decisiones, cuya frecuencia era un perpetuo peligro para barrios enteros, a causa del viento violento que favorecía los incendios. Después de haber demostrado vanamente que la desinfección de las casas, cumplida por las autoridades, bastaba para excluir toda posibilidad de contaminación, hubo que decretar penas muy severas contra esos inocentes incendiarios. Y no fué sin duda la imagen del calabozo lo que hizo retroceder a esos infelices, sino la certidumbre, común a todos los habitantes, de que una condena en la prisión equivalía a una pena de muerte, a consecuencia de la excesiva mortalidad comprobada en la cárcel municipal.

Es claro que esa creencia no carecía de fundamentos. Por motivos evidentes, la peste parecía encarnizarse mucho más con las gentes acostumbradas a vivir en grupos: soldados, religiosos, prisioneros. A pesar del aislamiento de algunos detenidos, una prisión es una comunidad. Y lo probaba el hecho de que los guardias pagaban a la enfermedad el mismo tributo que los prisioneros. Desde el punto de vista superior de la peste, todos los habitantes de la prisión, desde el director hasta el último detenido, estaban condenados. Y, quizás por primera vez, reinaba allí una jus-

ticia absoluta. En vano las autoridades intentaron introducir la jerarquía dentro de esa nivelación. Con ese fin, surgió la idea de condecorar a los guardiacárceles muertos en ejercicio de sus funciones. Como había estado de sitio, y desde un cierto ángulo podía considerarse que los guardiacárceles estaban movilizados, se les dió la medalla militar, a título póstumo. Pero aunque los detenidos no protestaron, los ambientes militares no tomaron bien la cosa, e hicieron notar, muy justamente, que podía originarse una confusión lamentable en el espíritu del público. Se dió curso a la demanda, y se pensó que lo más simple sería atribuir a los guardias que fallecían la medalla de la epidemia. Pero el mal ya estaba consumado para los primeros; no se podía pensar en retirarles la medalla, y los círculos militares continuaron temiendo una posible confusión. En lo que respecta a la medalla de la epidemia, tenía el inconveniente de no producir el mismo efecto moral que se había obtenido con una condecoración militar. En tiempos de epidemia resultaba banal recibir una condecoración de ese tipo. Todo el mundo quedó descontento.

Además, la administración penitenciaria no pudo imitar a las comunidades religiosas, o, aunque en menor grado, a las militares. En efecto: los monjes de los dos únicos conventos de la ciudad fueron dispersados y alojados provisoriamente entre las familias más piadosas. Por otra parte, siempre que fué posible, se des-

tacó de los cuarteles unas pequeñas compañías, y se las colocó de guardia en las escuelas y lugares públicos. La enfermedad que aparentemente había forzado a los habitantes a una solidaridad de sitiados, rompía al mismo tiempo las asociaciones tradicionales y remitía a los individuos a su soledad anterior. Esto originaba confusión.

Podría creerse que el viento llevaba también el incendio hasta algunos espíritus, porque en la misma época se produjeron graves perturbaciones. Primero, las puertas de la ciudad fueron atacadas de noche, y varias veces, por grupitos de habitantes que sin duda se habían puesto de acuerdo para forzar las defensas. Hubo disparos, heridos, y algunas evasiones. Los puestos de guardia fueron reforzados, y esas tentativas desesperadas cesaron rápidamente. Pero sirvieron sin embargo para levantar en la ciudad un soplo de revolución que provocó algunas escenas de violencia. Algunas casas incendiadas o clausuradas por motivos sanitarios, fueron saqueadas. En verdad, es difícil suponer que esos actos hayan sido premeditados. En cierto modo, la ocasión provocó ciertas iniciativas individuales que fueron inmediatamente imitadas. Se vieron personas que se precipitaban en una casa todavía en llamas, frente al mismo propietario, atontado por el dolor. Ante su indiferencia, el ejemplo de los primeros fué imitado por muchos espectadores, y en esa calle alejada, al resplandor del incendio, pudo ver-

se cómo huían por doquiera unas sombras deformadas por las llamas movientes y por los objetos o muebles que llevaban sobre las espaldas. Esos incidentes obligaron a las autoridades a asimilar el estado de peste al estado de sitio, y a aplicar las leyes pertinentes. Fusilaron a dos ladrones, pero es dudoso que eso impresionara a los demás. En medio de tantas muertes, estas dos ejecuciones pasaron desapercibidas: eran una gota de agua en el mar.

ALBERT CAMUS.

L' OISEAU DE LA NUIT

*L'Oiseau cruel toute la nuit me tint
Au point aigu du délice d'entendre
Sa voix qu'adresse une fureur si tendre
Au ciel brûlant d'astres jusqu'au matin.*

*Tu perces l'âme et fixes le destin
De tel regard qui ne peut se reprendre;
Tout ce qui fut tu le changes en cendre,
O voix trop haute, extase de l'instinct...*

*L'aube dans l'ombre ébauche le visage
D'un jour très beau qui déjà ne m'est rien:
Un jour de plus n'est qu'un vain paysage,*

*Qu'est-ce qu'un jour sans le visage tien?
Non!... Vers la nuit mon âme retournée
Refuse l'aube et la jeune journée.*

PAUL VALÉRY.

EL FIEL AMANTE

En esa época apareció en el país una multitud de leprosos; el rey se disgustó mucho, porque Dios debía estar muy gravemente enfadado. Y ocurrió que una noble doncella, llamada Yolanda de Sallières, fué atacada y corroída por esa enfermedad; todos sus amigos y parientes, con el temor de Dios ante los ojos, la echaron de sus hogares, y no quisieron recibir ni consolar a esa cosa maldita de Dios, y abominable y asquerosa ante los hombres.

Esta dama había sido muy bella y graciosa de formas, generosa con su cuerpo, y de vida lasciva. Pero todos los amantes que tantas veces la habían besado y acariciado tiernamente se negaron a alojar a una mujer tan fea, a una tan detestable pecadora. Sólo un clérigo, que anteriormente fuera su lacayo y su intermediario en materias amorosas, la recibió en su casa, y la ocultó en una pobre cabaña.

Allí murió la pobrecita, de gran miseria y triste muerte; y después de ella falleció el clérigo, que con

gran amor la había atendido, lavado, vestido y desvestido todos los días durante seis meses, con sus propias manos. Dícese que ese mal hombre y maldito clérigo, rememorando la gran belleza destruída y ya desaparecida de la mujer, se deleitaba muchas veces en besar su boca inmunda y leprosa, y en acariciarla dulcemente con sus manos enamoradas. Así murió, de la misma abominable enfermedad. Esto ocurrió cerca de Fontainebellant, en Gastinois. Y cuando el rey Felipe lo supo, se asombró sobremanera.

CRONICAS DE FRANCIA.

LA ESTATUA

Cuando ya estemos muertos, vendrá un adolescente cazador, y verá, semioculta en la hiedra, una piedra ya oscura; y mirando esa piedra (que fué antaño tu imagen), pasará, lentamente.

HILAIRE BELLOC.

(Trad. de J. R. W.)

SAMSON AGONISTES

(Fragmentos.)

Samson. — ¡Oh, que el tormento no pueda confiarse a las heridas y dolencias del cuerpo, con sus innumerables enfermedades en el corazón, el pecho y los riñones; sino que deba abrirse un secreto pasaje a lo más íntimo de la mente; y ejercitar allí sus fieros accidentes, y encarnizarse con sus más puros espíritus, como si fueran entrañas, coyunturas y miembros, con dolores similares, pero más intensos, aunque vacíos de sentido corporal!

Y no sólo me afligen como una lenta enfermedad mis dolores, sino que, incapaces de remedio, fermentan y se enfurecen; como heridas incurables, se inflaman, y se pudren y gangrenan, en negra mortificación. Los pensamientos, mis torturadores, armados con mortales aguijones, mutilan mis partes más tiernas y sensitivas, se exasperan, se ulceran, y levantan cruel inflamación, que ninguna hierba lenitiva o licor medicinal pueden calmar, ni aliento o aire vernal de Alpe nevado. El sueño me ha abandonado y entregado al

opio adormecedor de la muerte, mi única cura; así desmayo en mi desesperación, y compruebo la deserción del Cielo.

Mas yo fuí antaño su predilecto, su preferido de leite, destinado desde el seno materno, prometido por un doble mensaje que descendió del cielo. Bajo su mirada especial, crecí abstemio y prosperé; él me condujo a las mayores proezas, más allá del poder de un hombre mortal, contra los incircuncisos, nuestros enemigos; pero ahora me ha desechado, como a un desconocido, y a esos crueles enemigos que yo por su designio provocara, me entregó indefenso, con irreparable pérdida de la vista; sólo conservo la vida para ser el repetido objeto de su crueldad y escarnio.

Ya no estoy en la lista de los que esperan; todas mis desgracias son sin esperanza, todas sin remedio; sólo esta petición me resta, si pudiera ser oído (y no es mucho pedir): una rápida muerte, término y bálsamo de todas mis miserias.

Coro. — Muchas son las frases de los sabios, registradas en libros antiguos y modernos, que alaban la paciencia como la más verdadera fuerza; y que atribuyen al poder de soportar las calamidades todos los azares que inciden en la frágil vida del hombre. Palabras consoladoras, de estudiado argumento y rebuscada persuasión, bálsamo del dolor y de ansiosos pensamientos; pero poco prevalece su sonido sobre las angustias del afligido; no, más bien le parece una melodía áspera,

y disonante con su lamento; salvo que sienta dentro de sí alguna fuente de consolación celeste, secretos consuelos que sostienen su fuerza y levantan sus desmayados ánimos.

¡Dios de nuestros padres! ¿Qué es el Hombre para que tú, con mano tan diversa —o diré quizás contraria— viertas sobre él tu providencia tan desigualmente, a lo largo de su corto paso; y no como entre las órdenes angélicas, y las mudas criaturas inferiores, brutas e irracionales? Y no hablo de los hombres de la turba común, que errando sin destino crecen y mueren como la mosca estival, cabezas sin nombre, nunca más recordadas; sino de aquellos que con solemnidad has elegido y adornado eminentemente con gracias y dones, preparándolos para alguna gran obra, o para tu gloria, o la salvación del pueblo, en parte ya cumplida; sobre ellos, sin embargo, que así has dignificado, cuántas veces y en medio de su esplendor meridiano cambias tu semblante y tu mano, sin considerar los más altos favores pasados, de ti hacia ellos, o de ellos hacia ti como servicio.

No sólo los degradas, o los remites a una vida oscura (lo que sería una dulce desechanza), sino que los arrojas más bajo aún que su anterior encubramiento; caídas increíbles para la vista humana, demasiado afligentes si se considera la falta o la omisión que las motiva; a veces los abandonas al hostil acero del gentil y del profano, y sus restos son presa de los

perros y las aves; o si no cautivos, o apareciendo en injustos tribunales frente al cambio de los tiempos, y la condenación de la ingrata multitud. Si aún escapan, aún en la pobreza los doblegas con malestares y enfermedades, dolorosas enfermedades deformantes, en su prematura senectud; sufrimiento sin causa, y aunque no fueron desordenados, castigo de sus días disolutos; en verdad, justos y pecadores son igualmente miserables, porque a menudo alcanzan un triste y parecido final.

No hagas lo mismo con este tu otrora glorioso campeón, imagen de tu fuerza y poderoso ministro. Pero ¿qué suplico? Ya lo has hecho. Míralo en este calamitoso estado, y otorga a sus labores, pues está en tu poder, un apacible fin.

Pero ¿qué es esto? ¿Qué objeto de mar o de tierra —de sexo femenino al parecer— que así engalanado, adornado y festivo, navega hacia aquí, como un barco majestuoso de Tarsus, en marcha hacia las islas de Javan o de Gadis, con todos sus adornos y jarcias guarnecidas, velas hinchadas y gallardetes flameando, escoltado por todos los vientos; una esencia ambarina de penetrantes perfumes es su heraldo, y un cortejo de doncellas la sigue; será quizás alguna rica matrona filisteá. Pero al verla más de cerca, no es sino Dalila, tu mujer.

Samson. — ¡Mi mujer, mi traidora! No permitáis que se me acerque.

Coro. — Pero ella avanza; ya se detiene y te mira fijamente, como dispuesta a hablar; pero ahora, con la cabeza reclinada, como una hermosa flor cargada de rocío, solloza, y sus palabras amagadas parecen disueltas en las lágrimas que mojan los bordes de su velo de seda.

.....

Coro. — La belleza, aunque injuriosa, tiene un extraño poder cuando retorna después de la ofensa para reconquistar el amor que poseía antaño, y no es fácilmente repelida, y hace sentir una pasión grande y profunda, y el secreto aguijón del remordimiento amoroso.

Samson. — Casi siempre las disputas amorosas terminan en agradable concordia; no en traición matrimonial, y amenaza para nuestra vida.

Coro. — No es virtud, prudencia, valor, ingenio, fuerza, perfección de formas, o más amplios méritos, lo que conquista el amor de las mujeres, o largo tiempo lo retiene; qué es, sería difícil explicar, y más difícil descubrir; como tu adivinanza, Samson, aunque permaneciéramos siete días meditándola.

Si fuera alguna de aquellas virtudes (o todas), la novia de Timna no hubiera preferido tan rápidamente a tu paraninfo, insignificante a tu lado, sucesor de tu lecho; ni hubieran deshecho ambas tan fácilmente sus nupcias, y la segunda no habría cortado tan trai-

cioneramente la cosecha fatal de tu cabeza. ¿Será porque tanto ornamento exterior fué dispensado a su sexo, que los dones íntimos quedaron apresuradamente sin terminar; escaso juicio, capacidad que no alcanza en la elección a comprender o a valuar lo mejor, y que a menudo escoge lo peor? ¿O quizás les habrá sido dado demasiado amor propio, sin raíz profunda de constancia, al extremo de que no aman nada, o aman poco tiempo?

Sea lo que fuere, aunque al principio parecen puramente celestiales bajo el velo de su virginidad, suaves, modestas, tímidas, reservadas, ante los hombres más prudentes y mejores, después de la unión demuestran lo contrario, y son una zarza intestina, fuera del alcance de las armas defensivas, una insistente desgracia adversa y turbulenta en el camino de la virtud masculina; o mediante sus encantos desvían al hombre, esclavizado en su confianza y con sus sentidos depravados, hacia la locura y los actos vergonzosos, para terminar en la ruina. ¿Qué experto capitán evitará el naufragio, si se embarca con semejante piloto en el timón

¡Favorecido por el Cielo es quien encuentra una mujer virtuosa, tan escasas son, y que domine las virtudes domésticas! ¡Feliz la virtud que se abre paso entre la oposición, y que sabe alejar toda tentación, para brillar y ser aceptada en las alturas!

Por eso, la ley universal de Dios dió al hombre

poder despótico sobre su hembra, y orden de no apartarse de ese derecho ni una hora, sonría ella o se enfadaba; así atraerá menos confusión sobre su vida, no dominada por la usurpación femenina, ni desalentada.

.....

Coro. — ¡Ay, onerosa venganza, aunque gloriosa! Vivo o muerto has cumplido la labor predicha ante Israel, y ahora yaces victorioso entre tus muertos, muerto por tu mano; no por tu voluntad, sino enredado en los pliegues de la cruel Necesidad, cuya ley te reunió en la muerte con los restos de tus enemigos, en número mayor que todos los que habías matado en tu vida.

Semicoro. — Cuando sus corazones se sentían jocosos y sublimes, ebrios de idolatría y ebrios de vino, y cebados con toros y cabríos, elogiando su ídolo, y prefiriéndolo a nuestro viviente Terror, que habita en Silo, su brillante santuario, El les envió un espíritu frenético, que hirió sus mentes y los incitó con absurdo deseo a llamar de prisa a su destructor; ansiosos de juegos y de diversiones, los insensatos solicitaron que rápidamente cayera sobre ellos su propia destrucción.

Tan necios son los mortales al incurrir en la ira divina, que invitan sobre sí su propia ruina; tan insensatos son, o réprobos del sentido, heridos de una íntima ceguera.

Semicoro. — Pero él, aunque ciego de la vista,

despreciado y aparentemente extinguido, iluminado por ojos interiores, irguió su ígnea virtud de las cenizas en una llama repentina, y llegó como un dragón crepuscular, asaltando las aves perchadas y los ordenados nidos del manso gallinero urbano; como un águila arrojó sobre sus cabezas su trueno sin nubes.

Así la Virtud, desahuciada, deprimida y vencida al parecer (como ese pájaro auto-concebido, emboscado en las selvas arábicas, y que no conoce segundo ni tercero), yació un tiempo confundida en su holocausto; y surgiendo ahora de su vientre ceniciento, revive, reflorece y es más vigorosa cuando más inactiva parecía; y aunque su cuerpo muera, su fama sobrevive, pájaro secular, durante eras de vidas.

Manoa. — Venid, venid; no es tiempo de lamentaciones, ni hay motivo suficiente: Samson se ha desquitado como Samson, y heroicamente ha terminado una vida heroica; ya sobre sus enemigos se ha vengado plenamente; ha dejado años de duelo y lamento a los hijos de Caftor en todo el territorio filisteo; a Israel ha dejado honor, y libertad. (si tuviera el coraje de aprovechar esta ocasión); para él, y la estirpe de su padre, eterna fama; y lo que es mejor y más feliz aún, todo esto ha ocurrido sin que Dios se separara de su lado, como temíamos, sino asistiéndolo y favoreciéndolo hasta el fin.

No hay motivo de lágrimas, de lamentos o golpes en el pecho; ninguna debilidad, ningún desprecio, desai-

re o vergüenza; nada que no sea hermoso y bueno, y que nos pueda inquietar en tan noble muerte. Vayamos a buscar su cuerpo, adonde yace empapado en la sangre de los enemigos, y junto al manantial, con lienzos puros y hierbas refrescantes, lavad la sangre coagulada. Yo, mientras tanto, con toda velocidad (Gaza no está en estado de negarse), haré acudir a todos mis parientes y todos mis amigos, para que vengan a buscarlo, y acompañarlo solemnemente, con silenciosas obsequias, y cortejo fúnebre, hasta la casa de sus padres. Allí le construiré un monumento, y plantaré en torno de él la sombra del laurel perenne, y arqueadas palmas, colgando allí todos sus trofeos, y actos registrados en copiosas leyendas o dulce canto lírico.

Allá acudirán todos los jóvenes valientes, y ante su memoria inflamarán sus pechos con inigualable valor y altas proezas; también las vírgenes, en días festivos, visitarán su tumba con flores, lamentando tan sólo su infortunada suerte en la elección nupcial, causante de su cautividad, y de la pérdida de sus ojos.

Coro. — Todo es para bien, aunque a veces ignoremos qué se propone el inescrutable designio de la Altísima Sabiduría, y mejor aún nos parece al final. A menudo simula esconder Su rostro, pero inesperadamente retorna, y a Su fiel campeón ha acompañado ahora gloriosamente; por lo que Gaza está en duelo, y cuantos la alentaron a resistir su incontrolable intención. Con nuevos bienes de verdadera experiencia

ante este gran evento, El deja ahora a sus sirvientes
llenos de paz y consuelo, y con la mente en calma, toda
pasión extinta.

JOHN MILTON.

TRES SONETOS

JARDIN EN EL OCASO

*Cielos donde el ocaso se hace fuerte,
con una extraña sensación de vida,
cielos de luz, pupila amanecida
en la forma engañosa de la suerte.*

*Aire de los jardines donde vierte
la luz su verde espuma diluída,
mientras alguna voz cuenta en la huída,
la historia fabulosa de la muerte.*

*En la adorada entonación evoco
seres queridos; veo, poco a poco,
reencarnarse los rostros del amor,*

*aunque los bellos tiempos han pasado.
Y veo, sombra austera, a mi costado,
la clara perfección de mi dolor.*

ANGEL MAZZEI

A M O R

*¡Prolongábase el tiempo en primavera,
el duraznero daba siempre flores;
hinchido estaba el aire de colores
que teñían la cálida ribera.*

*¡Cómo entibiaba el sol en esa orilla!
Cuando ya ruboroso se ocultaba,
en lo más hondo de mi pecho hallaba
el hueco de una mágica sombrilla.*

*Yo lanzaba a lo alto mis estrellas
a jugar con el arco de la luna,
y desde el cielo contemplaban ellas*

*ya la frescura casta del rocío,
ya del cisne una estela en la laguna
que espejaba tu rostro junto al mío.*

RAQUEL CICCARONE.

SOLO EL ALMA SE SALVA DE LA MUERTE

*Nunca pude saber que me aguardaba
esta vida tan llena de pesares;
yo creía en un cielo de olivares,
y en la verdad de todo lo que amaba.*

*Todo creía, todo, y todo daba
sin saber que en el agua de los mares
las sales, pervertidas, son pesares,
que corroen el rostro que se lava.*

*¿Qué diré del presente, de la vida;
a quién he de llamar cuando me muera?
¿Oh, quién ha de llorar en mi partida?*

*Un agudo dolor ciega mi suerte;
todo es vano, también la primavera:
sólo el alma se salva de la muerte.*

NICOLAS A. COCARO.

CORO DE ATALANTA

Cuando los sabuesos de la primavera persiguen las huellas del invierno, la madre de los meses, en llanos y en praderas, llena las sombras y los lugares del viento con murmullo de hojas y sonido de lluvias; el amoroso rui señor, pardo y brillante, se consuela a medias de la pérdida de Itilus, de los barcos de Tracia y los rostros extranjeros, de su muda vigilia y de todo su dolor.

Ven, con los arcos tensos y el carcaj que se vacía, doncella perfectísima, señora de la luz; con ruido de vientos y de muchos ríos, con clamor de aguas, y con imperio; ata tus sandalias, oh tú rapidísima, sobre el esplendor y la prisa de tus pies; porque el débil Este ya se mueve y el pálido Oeste se estremece en torno de los pies del día y los pies de la noche.

¿Dónde la encontraremos, cómo le cantaremos, y uniremos nuestras manos en torno a sus rodillas, y la aferraremos? ¡Oh, si el corazón del hombre fuera como el fuego y pudiera ascender hasta ella, como el fuego y como la fuerza que salta en los torrentes! Porque las estrellas y los vientos son su ropaje; son para ella como los cantos del arpista; porque las estrellas nacientes y las estrellas caídas la rodean, y el viento del Sudoeste y el viento del Oeste cantan para ella.

Porque las lluvias y las ruinas del invierno han terminado, y toda la estación de las nieves y los pecados; los días que separan a los amantes, la luz vencida, la noche vencedora; y el tiempo recordado es el dolor olvidado, y las heladas han muerto y las flores renacen, y en el verde bosque y en los sotos, capullo tras capullo, comienza la primavera.

Los ríos henchidos se alimentan con la flor de los juncos, las hierbas maduras retienen el pie viajero, la llama fresca y débil del año adolescente se colorea de las hojas a las flores y de las flores a los frutos; y frutos y hojas son como el oro y el fuego; la avena canta más fuerte que la lira, y el pie hendido del sátiro pisa la cáscara de las castañas y la raíz del castaño.

Y Pan a mediodía y Baco por la noche, con pies más veloces que el rápido cabrito, prosiguen sus danzas y llenan de deleite a la Ménade y a la Basáride; y suaves como labios que ríen y ocultan, las hojas rientes de los árboles se apartan, y ocultan a los ojos y dejan a la vista el dios que persigue, la doncella escondida.

La hiedra y el pelo de la Bacante caen sobre su frente y cubren sus ojos; cae la vid salvaje, y desnuda su hermoso seno agitado por los suspiros; la vid salvaje cae bajo el peso de sus hojas, pero la hiedra frutal se prende y se aferra a los miembros lucientes, y a los pies que espantaron al lobo cazador, y al cervatillo huyente.

A. C. SWINBURNE.

S U M A R I O

Friedrich Hoelderlin: Carta a Diotima — Silvina Ocampo: Prólogo — Albert Camus: La Peste Baraja las Cartas — Paul Valéry: L'Oiseau de la Nuit — John Milton: Samson Agonistes — Hilaire Belloc: La Estatua — El Fiel Amante, Crónicas de Francia — Angel Mazzei, Raquel Ciccarone y Nicolás Cócero: Tres Sonetos — Algernon Charles Steinburne: Coro de Atalanta.

S U M A R I O

Friedrich Hoelderlin: Carta a Diotima — *Silvina Ocampo*: Prólogo — *Albert Camus*: La Peste Baraja las Cartas — *Paul Valéry*: L'Oiseau de la Nuit — *John Milton*: Samson Agonistes — *Hilaire Belloc*: La Estatua — El Fiel Amante, Crónicas de Francia — *Angel Mazzei*, *Raquel Ciccarone* y *Nicolás Cócara*: Tres Sonetos — *Algernon Charles Swinburne*: Coro de Atalanta.
